

Todo comenzó el 21 de enero de 1793, y el ciudadano Restif de la Bretonne lo cuenta del siguiente modo: "Ataron sus manos al pie del patíbulo, pues con las manos libres habría entorpecido la ejecución en la guillotina. Subió. Los tambores militares redoblaban. Se adelantó para hablar desde el borde del patíbulo, que miraba hacia el norte. Por un instante, los tambores enmudecieron, pero a una orden del comandante en jefe volvie-

ron a redoblar. Luis habló: la palabra 'perdono' fue la única que pudo oírse. Advertidos los verdugos, le sujetaron al cadalso y en un abrir y cerrar de ojos cesó de existir...". Antes que él, otros reyes habían sido ajusticiados, pero a Luis XVI lo ajustició la Nación, y no un igual, un pariente o una fracción social. Su cabeza, separada del cuerpo y exhibida ante el pueblo de París, ya no era el lugar de la corona.

El aprendizaje de la decepción: DICTADURA Y FILOSOFÍA

FELIX DE AZUA

A HORA ya no habría más reyes. Algunos jefes de Estado sin duda simularían ser reyes durante un tiempo, seguirían disfrazados hasta la primera guerra mundial, cien años más tarde, pero sin convicción. Tal inercia puede considerarse breve, si se compara con el boato que todavía mantiene la Iglesia, única monarquía superviviente, y el escándalo de opulencia, soberbia y abyección moral que anima al gobierno del Vaticano.

Que se decapitaba algo más que un rey, es evidente. Cuenta Michelet: "Una mujer se arrojó al Sena, un peluquero se cortó el cuello, un librero enloqueció, un oficial retirado murió de congoja...". No podían vivir sin aquella presencia exterior que confirmaba su propia existencia, necesitaban un hombre verdadero que estuviera fuera del alcance de la contingencia, de la pobreza, de la vulgaridad, que no fuera un Don Nadie, que fuera un Rey. Estaban en él, vivían en él y sólo eran personas a través suyo. Por eso eran sus sujetos. El propio Restif, poco sospechoso de sentimientos monárquicos, comenta: "Sólo era un hombre; pero era el punto de unión de veinticuatro millones de hombres. Por tal razón, el estupor fue universal". Aquellos millones de hombres tenían ahora que encontrar otro punto de unión, otro hombre verdadero, o aceptar una idea horrible: que estaban solos.

Ese mismo año de 1793 escribe Hölderlin su himno "Al genio de la audacia". He aquí una estrofa malamente traducida:

"Pero terrible, oh días de la audacia, fue tu sacra palabra, cuando en la noche surgieron los luminosos heraldos y el fuego de la verdad aniquiló la mentira."

Así como en las noches tempestuosas su rayo lanza el Tonante sobre angustiados valles, así mostraste a las naciones corruptas la caída de los gigantes, su próxima muerte".

No insinúo que Hölderlin pensara, en ese momento, en el Ca-

que declina hacia 1801 y se cierra tras la redacción de "Fenomenología del Espíritu" en 1807, cuando Hegel y Napoleón coinciden en Jena, el uno pensando el mundo y el otro poseyéndolo. La visión de aquel soldado de fortuna, aquel Don Nadie, convertido en Emperador, dueño del universo, dueño de sus

1796: la campaña de Italia

Y, sin embargo, su pensamiento había sido el mismo. Todavía en 1796 coincidían hasta tal punto, que nadie puede afirmar con certeza a quién corresponde la paternidad del fragmento llamado "El más antiguo programa



Bonaparte, un Don Nadie, se adueña del mundo.

peto decapitado, por más que no quepa la menor duda sobre sus sentimientos y el alborozo que supuso la Revolución para él, para Hegel y para Schelling. Los tres amigos del seminario de Tübinga eran ateos (con todas las precauciones que semejante calificativo exige al ser aplicado a un teólogo alemán del XVIII) y republicanos. Una reciente (y admirable) edición de los escritos juveniles de Hegel (1) ilustra sobre ese período de formación

propias leyes, pero tirano una vez más, transformó definitivamente la ilusión hegeliana. En ese punto la trayectoria común de Hölderlin y Hegel se bifurcó ampliamente. Pocos años más tarde seguirían destinos opuestos: los versos de un loco encerrado en la buhardilla del carpintero Zimmer serían el pendant magnífico del extraordinario discurso del profesor berlinés, "el discurso de Dios antes de crear el mundo".

de sistema del idealismo alemán" (2). Al parecer, lo inspiró Hölderlin, lo redactó Schelling y lo copió Hegel. Dice el Programa: "El más alto acto de la Razón... es un acto estético", y luego: "La poesía recibe de este modo una más alta dignidad, vuelve a ser al final lo que era al principio, maestra de la humanidad, pues ya no hay filosofía, ya no hay historia, sólo la poesía sobrevivirá a todas las demás ciencias y artes". Este imperio de la



Mientras el profesor Hegel (izquierda) asumía la decepción bajo la forma de un sistema y una ciencia, el poeta Hölderlin (derecha) sólo pudo asumirla como tragedia.

poesía (este kantismo extremista), una vez establecido como "mitología de la Razón", debía producir la armonía universal y la paz perpetua: "¡Entonces reinará universal libertad e igualdad de los espíritus!", grita el trío con el entusiasmo del coro final de la Novena.

Sin traicionar el Programa, Hölderlin comienza la redacción de su novela "Hiperion", y escribe los admirables poemas que preceden a "Empédocles" ("Al éter", "Diotima", "Las parcas"...). A su vez, Hegel, fiel al Programa, redacta "La positividad de la religión cristiana" (1796), un casi-manifiesto denunciando la opresión política en que había derivado la enseñanza de Jesús. Un ataque contra la autoridad de los símbolos y, entre líneas, un ataque contra la obediencia a individuos (coronados), en lugar de obedecer ideas. Según Hegel, aun cuando Jesús trató de poner en pie una religión racional, una ley moral fundada en libertad que suprimiera el ciego acatamiento de la ley positiva, los judíos, incapaces de liberarse inmediatamente de su esclavitud, transformaron su enseñanza en un nuevo acatamiento de la persona (el Maestro), de su poder (los milagros) y de su Estado (los discípulos, en número restringido, como gobierno). La evolución posterior no hizo sino fijar la obediencia de los símbolos externos, afianzar el poder de la casta sacerdotal e integrar la gran opresión vaticana en las naciones, como ayuda indirecta de la presión secular.

En este mismo año de 1796, Bonaparte es el supremo jefe militar y dirige la triunfal campaña de Italia. Sus éxitos militares (y esa otra cosa, el daimon, lo irreductible) hacen de él un cónsul

en 1799. Entre estas dos fechas, Hölderlin escribe un esbozo de "Oda a Bonaparte", cuyos últimos versos dicen:

*"Que el poeta lo deje intacto
como el Espíritu de la Naturaleza,
semejante motivo haría del
maestro un aprendiz.
No puede vivir y perdurar en el
poema,
es en el mundo donde vive y
perdura".*

Bonaparte, el héroe vivo, no puede ser prendido en un poema, como si se tratara de un insecto; Bonaparte vive en el mundo, es la fuerza liberadora en marcha.

1800: la Dictadura

En 1800 muere Bonaparte y nace Napoleón. El nuevo cónsul organiza la dictadura que en tres años le llevará al Imperio. Según Stendhal, esta metamorfosis se debe a la siguiente reflexión del cónsul: "Los franceses son indiferentes a la libertad, no la entienden ni la aman; su única pasión es la vanidad, y el único derecho político que les interesa es la igualdad, ya que permite a todo el mundo escalar los mismos puestos y prebendas". De modo que Napoleón reprime las libertades y da la salida a una desenfrenada carrera hacia la riqueza y el privilegio. Contemporáneamente, Hegel abjura de las exaltaciones juveniles del Programa. Su proyecto es ahora un trabajo, un calvario. El 2 de noviembre de 1800 le escribe a Schelling: "Mi formación científica comenzó por necesidades humanas de carácter secundario; así tuve que ir siendo empujado hacia la ciencia, y el ideal juvenil tuvo que tomar la forma

de la reflexión, convirtiéndose en sistema". La audacia juvenil era un ideal, un modo abstracto de pensamiento, algo incompleto, ineficaz, "de carácter secundario". La madurez concibe la idea, y ésta es un sistema que requiere el riguroso trabajo de la negatividad. Hegel renuncia y desdena el anhelo, la ilusión, el impulso, como sentimientos que nunca pueden satisfacerse. Sólo hay una satisfacción posible: el sistema. Por su parte, Hölderlin sigue fiel al Programa y escribe su tragedia inacabada "Empédocles": un conflicto entre el hombre libre y las resistencias sociales que se le oponen. Empédocles es el sabio que sólo acata la moral que le dicta la razón, en lugar de acatar las leyes dictadas por otro: "Ved (dice), ya pasó el tiempo de los Reyes" (II, 4), a lo que los ciudadanos, aterrados, responden: "¿Quién eres tú?", porque no conciben que un hombre sea capaz de proferir semejante impiedad ("Incomprensibles son, Empédocles, tus palabras", dice el Primer Ciudadano), tras lo cual Empédocles entona el exaltado canto que comienza: "¿Guarda el águila en su nido, indefinidamente, al aguilucho?". Pero el sabio acaba siendo expulsado, y en su desolado exilio, maldice. Cuando se arroja al volcán, Empédocles anuncia el destino que aguarda a Hölderlin y a todos aquellos que predicán verdades que el mundo tarda en aceptar, a todos los impacientes cuya decepción ilustra sobre su orgullo, a todos los que el fracaso les supone tragedia, y no sistema. Hölderlin fue fiel a la poesía, al instante de comunión espiritual fundado en música y melodía, en lo oscuro. Prefirió la locura antes que trabajar pacientemente la verdad

contra el muro sordo, ciego y mudo que es: los Demás.

1804: el Imperio y la decepción

En 1804, Napoleón es coronado (se corona a sí mismo, es el hombre que se da sus propias leyes) Emperador. Chateaubriand lo describe con las tintas oscuras de su conservadurismo bretón: "Fue proclamado Emperador en Saint-Cloud, en los salones de donde él mismo expulsó al pueblo, en el lugar donde fue asesinado Enrique III, donde fue envenenada Enriqueta de Inglaterra, donde María Antonieta fue acogida con cierto júbilo efímero antes de subir al cadalso, y de donde partió Carlos X al exilio". Cuando el Emperador lee el plebiscito, afirma: "Mis descendientes conservarán el trono largo tiempo". Y Chateaubriand comenta: "Cuando se observan las ilusiones con que la Providencia arroja al poder, se paladea el consuelo de su corta duración".

El Emperador va a terminar su obra de dominio, de moralización, al tiempo que crea una nueva aristocracia sin escrúpulos religiosos, sin formación intelectual, sin tradición, hombres de negocios sin entrañas (tan parecidos a la camada de chacales procreada por el franquismo) que dominarán las finanzas francesas durante un siglo. Son los parvenus a quienes Julien Sorel acusa con encendidas frases en el último capítulo de "El Rojo y el Negro", antes de ser ajusticiado. Por esos años escribe Hölderlin los más bellos poemas de la lírica alemana y (para algunos) el conjunto poético más grandioso de toda la historia de la poesía. Pero son los últimos. La fidelidad a la poesía lleva a la tragedia. En 1806, Hölderlin es recluido en la buhardilla del carpintero Zimmer, de donde no saldrá hasta su muerte, en 1843.

Es el último acto. La reclusión de Hölderlin coincide con la redacción de la "Fenomenología del Espíritu" y la instalación de Hegel como profesor en Jena. Sus tareas filosóficas no le impiden tener un hijo natural, Ludovico. Pero así como las amadas de Hölderlin son todas públicas y (por así decirlo) comparten el ámbito sagrado de los poemas, de este amor ocasional del filósofo no ha quedado más rastro que el tal Ludovico, muerto en Suráfrica en 1831. El filósofo se avergonzaba de sus amores clandestinos. La "Fenomenología..." era el principio, el prólogo, del futuro sistema, de la ciencia. Hegel narra la aventura, la biografía del Espíritu, los avatares, la novela de la Idea descubriéndose a sí misma, encarnando en sucesi-

vas reflexiones y verdades. Desde el mundo mineral hasta el Absoluto, ese tapiz mágico muestra cuanto es posible ver, cuanto hay. En su término, y como conclusión, Napoleón, el hombre perfecto, la moral viva y activa, el transformador del mundo con el sólo recurso de su voluntad libre, realiza el sueño de un cristianismo racional: la ley moral daba, por fin, nacimiento al verdadero Cristo, al hombre-dios. Pero Napoleón era sólo la mitad del hombre perfecto, porque Napoleón se ignoraba a sí mismo. Hegel, en cambio, era quien sabía, el complemento, el alma de un cuerpo imperial. La historia había concluido; el cristianismo se había realizado.

En los años siguientes el filósofo edificaría el monumento más riguroso que jamás se haya erigido a la Razón (o a la paranoia, según el talante del observador y su grado de aprecio por el vocabulario mágico), en tanto que el poeta devanaba un rosario de escasas composiciones desvaídas, sobrecogedoras. Hegel se había esforzado por comprender la decepción, la condena, por integrar en la comprensión lo menos comprensible: la muerte, el fracaso. Hölderlin no tuvo esa capacidad, esa paciencia; para él, como para Empédocles, la tenacidad de los pueblos por mantenerse en la esclavitud tomaba la forma de un castigo, y no de una necesidad.

Por eso los poemas de la locura de Hölderlin (3) son sobrecogedores. Con la redundancia de un reloj, su mente hueca dejó golear versos reincidentes: "La Primavera", "Visión", "La Primavera", "El ser del Espíritu", "La Primavera", "El Verano", "El Invierno", "Invierno", "El Invierno", "El Verano", "La Primavera", "Si desde lejos", "El Verano", "El Otoño"... Estos y otros similares son los títulos de

los poemas. En sus treinta y siete años de reclusión, Hölderlin no parece percatarse más que del círculo climático, el inicio, el retorno de cada estación, como si se hubiera fundido en el anillo del tiempo. Y sus poemas los firma con el nombre de Scardanelli, dándoles fechas fantásticas: 1648, 1671... Su alma se había desintegrado con la misma violencia con que la de Hegel se había blndado, se había hecho fortaleza. A las puertas del castillo estatal, un mendigo loco cantaba:

"Cuando la vida de los hombres va perdiéndose, como una lejanía donde resplandeciera el tiempo de los sarmientos, vacía contéplase la campiña del verano, con oscura imagen el bosque aparece. Que la Naturaleza termine la imagen de los tiempos, que se demore, hasta alcanzar la perfección, y que la cima de los cielos para los hombres brille, como árboles de flores estallantes".

24 de mayo de 1748.
Humildemente, Scardanelli. ■
F. DE A.

(1) G. W. F. Hegel, "Escritos de juventud" (FCE). José M. Ripalda ha recogido los textos más significativos del período 1795-1800, años de aprendizaje, pues Hegel, como Hölderlin, nació en 1770. Son textos inéditos en su mayoría (algunos, inéditos en alemán). La labor de Ripalda reconcilia con ese aspecto coarctado del saber llamado erudición, y devuelve la dignidad perdida a la edición de textos filosóficos en castellano.

(2) F. Hölderlin, "Ensayos" (Hiperión). Excelente traducción de Felipe Martínez Marzosa.

(3) F. Hölderlin, "Poemas de la locura" (Hiperión). Traducidos por Txaro Santoro y José María Álvarez. Reúne, además, los documentos clave sobre la locura de Hölderlin.

EN EL
NUMERO DE
FEBRERO DE



Norma Pasamar Mastrorilli

LAS MUJERES Y EL PSICOANALISIS

Una perspectiva del mundo freudiano en el que aparecen las figuras de Lou Andréas Salomé, María Bonaparte y otras personalidades femeninas relevantes de la intelectualidad europea de la época en la que se fraguó el descubrimiento científico que iba a dar pie a toda una escuela de pensamiento: el psicoanálisis.



Mariano
Antón Rato

JEAN HARLOW, UN PRODUCTO SEXUAL FABRICADO POR HOLLYWOOD

La vida de Jean Harlow, la "rubia platino" por excelencia, sirve de telón de fondo para describir el entorno social de lo que se ha dado en llamar "los locos años veinte", que desembocaron en la catástrofe económica de Wall Street y la ascensión del nazismo en Europa. Una época turbulenta que encontró en el mito de la Harlow su oportunidad erótica.



EN EL NUMERO DE FEBRERO DE
TIEMPO de HISTORIA



El nacimiento de una nación pasa por la muerte del padre. (Revolución francesa, 1789, grabado de la época.)